

Leyes de Conservación

(Lema: “Debemos saber; y sabremos”)

(Versión retocada después del concurso)

No había forma, el despacho estaba cerrado con llave. Emmy insistió con la manilla, por si estuviera pasando por alto algún sutil movimiento del pestillo, pero el cerrojo se mantuvo firme en su cerrazón. Menuda forma de empezar una nueva etapa de su vida, enfrentándose a tozudas puertas cerradas.

La plaquita de latón junto al marco seguía mostrando el nombre del profesor Hilbert, igual que lo había estado haciendo todo el rato que ella había estado allí plantada. Las cosas no cambiaban así como así. El despacho era el correcto, no podía haberse equivocado en eso; ni siquiera en el estado de nervios en que se encontraba. Quizás le había pasado algo al profesor y no había podido dejar la puerta abierta como habían planeado. O peor, lo habían mandado a luchar a la guerra en Francia; pero eso no podía ser, era demasiado mayor y todo un profesor de universidad.

Unos pasos retumbaron en el pasillo. Emmy se apartó de la puerta de un salto como si su mera presencia allí fuera algo reprochable. Se mordió el lateral del labio y concentró su atención en los mustios jardines que se veían tras los ventanales del pasillo. Dos hombres venían caminando muy animados, pero interrumpieron unos segundos su charla al pasar junto a ella. Ignoró sus miradas. Puso cara de estar muy preocupada por lo mal cuidados que tenía la universidad los rosales y los rododendros. La conversación, aderezada con alguna carcajada, se acabó por difuminar tras una esquina.

Emmy se quedó mirando su fantasmal reflejo en la ventana. Se reprochó su reacción furtiva, el no haber sido capaz de preguntar nada a los dos hombres, profesores ayudantes a juzgar por su edad y sus trajes poco agradecidos.

Volvió hacia el vestíbulo de entrada de la facultad. Sus delatores pasos resonaron por los pasillos todavía vacíos de estudiantes a esa hora tan temprana. Entraba frío por los portales abiertos que daban a los jardines y al mundo exterior a la universidad. Emmy se arrebujó en su capa. Al hacerlo crujió el papel de la carta que llevaba en uno de los bolsillos, la carta que no había abierto pero cuyo contenido conocía de sobra. Sería tan fácil salir de la facultad, abrir el sobre y hundirse en el oscuro océano de convencionalismo que le tentaba desde allí fuera, esperando paciente a que se resignara.

Dio la espalda a la entrada y caminó hacia al cuarto de los conserjes. La puerta estaba abierta, y tras dar los buenos días entró en la sala. El conserje, un tipo entrado en años y en kilos, emitió un sonido gutural sin dejar de atusarse el bigote y leer el periódico. Emmy lo tomó como la respuesta a su saludo

—Me llamo Emmy Noether. El despacho del profesor Hilbert está cerrado, pero él me dijo que estaría abierto y que encontraría allí todo lo que necesitaba.

El conserje levantó por fin la vista. Escrutó a Emmy como si fuera un caballo en las carreras.

—¿Te ha contratado para limpiar el despacho mientras él está en Berlín? Pues has tenido suerte, no hay mucho que ordenar en ese despacho. Parece la celda de un monje. De todas formas, no se me ha informado, esto es muy irregular.

Emmy respondió antes de que la sangre le subiera a la cabeza y tuviera que arrepentirse de sus palabras.

—Mi nombre es Emmy Noether —deletreó el apellido. —Soy su profesora ayudante. Profesora de la universidad. Estaré en sus listas.

Con reticencia y desagrado el tipo acabó por revisar unas hojas mecanografiadas.

—Noether, E, dice aquí. Ayudante de Álgebra. No dice que sea una mujer; no hay mujeres profesoras, o estudiantes. Esta es la universidad más importante de Alemania, no una escuela para modistillas. —Y tras una pausa, quizá al ver los ojos de Emmy, agregó: —Necesitaré ver su documentación.

Durante el paseo de vuelta a través de los mismos pasillos, Emmy volvió a concentrarse en la vista a través de los ventanales, eligiendo ignorar los comentarios del conserje cada vez que se cruzaban con algún extrañado profesor o alumno. «Es la ayudante del profesor Hilbert», decía, recalcando la palabra ayudante con un tono burlón y lascivo. «No sabía que el profesor era de los que buscaran ayudantes», continuaba en el mismo tono. *Tendrían que haber podado esos rosales en su momento, ahora ya no tienen remedio*, pensaba Emmy. La carta cerrada que llevaba en el bolsillo pesaba como un ladrillo.

El conserje abrió por fin la puerta del despacho. Emmy dio las gracias de forma apenas cortés, entró y cerró la puerta en las narices del conserje. Frente a ella estaba el escritorio del profesor Hilbert, bajo la ventana. Una librería perfectamente ordenada llena de libros y un perchero del que colgaba uno de sus ridículos sombrero blancos completaban el mobiliario del despacho.

Aparte, claro, de la otra mesa junto a la puerta sobre la que había una hoja de papel escrita a mano, sujeta por una llave.

Leyó la nota: «Dra. Noether: esta es la llave del despacho. Su clase empieza a las 9:00, Álgebra Avanzada. Ya sabe lo que hacer. Saludos, D.H.». Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. La carta que llevaba guardada cayó al suelo con un silencio atronador. La recogió, procurando ignorar la decorada caligrafía y la dejó sobre el escritorio. Se sentó y relejó la nota de Hilbert. Luego abrió un cajón, del que sacó pluma, tintero y unas hojas y se dispuso a preparar el esquema de su primera clase en la universidad.

Una hora más tarde los pasillos de la facultad estaban ya llenos de estudiantes en su primer día de curso. Todos se apartaban a su paso como si de una aparición fantasmal se tratara; pareciera que exudaba un aura maligna que los atemorizaba. Algunos incluso se lanzaban contra la pared con rostros demudados por el pánico y la indignación. «Una mujer en la Facultad, el mundo se acaba, ¡que no nos contagie su perniciosa femineidad!», imaginaba Emmy que pensaban, exagerando su propia aprehensión.

No faltaron tampoco los comentarios sarcásticos o lascivos, que escuchaba siempre a su espalda, nunca de frente, y de los que nunca encontraba origen aunque se girara.

Durante todo el trayecto tuvo claro que allí no era bien recibida, que se estaba adentrando a cada paso en un bosque oscuro lleno de peligros, reales e imaginarios, del que quizá no fuera capaz de escapar. A pesar de que las piernas le temblaban, caminaba con paso firme haciendo uso de toda su concentración.

El calor en los atestados pasillos empezaba a ser agobiante. El vestido sobrio y oscuro que llevaba, el mismo que había llevado para la lectura de su tesis doctoral unos meses atrás, era demasiado grueso para esa época del año y empezó a sudar. Por momentos una nube parecía cubrirle la vista y notaba el estómago a veces vacío y a veces retorciéndose como si estuviera lleno de un ácido hirviente.

El asa del maletín, el mismo que su padre había usado en sus primeros años de profesor, estaba resbaladizo y pesaba mucho. Dentro apenas llevaba su copia del Álgebra de Klein, un cuaderno y unos hojas, pero le parecía que aquello pesaba como una tonelada de esperanzas frustradas y sueños que no resistían la prueba de la realidad.

Y eso que había dejado la carta cerrada sobre su mesa en el despacho de Hilbert. Pero parecía que la floreada caligrafía con que la Escuela Femenina había escrito su nombre en el destinatario germinaba y se extendía como las enredaderas de un cuento infantil, persiguiéndola y entorpeciendo su avance. La carta en la que sabía que le ofrecían el puesto de profesora de inglés y francés en la escuela. Un trabajo cómodo y respetable, educando jovencitas en las disciplinas propias de su género.

Con un trabajo así seguro que no tardaría en encontrar un marido como ella se merecía, según le decían sus amigas y sus primas. Porque con esas cosas tan complicadas de las matemáticas les estaba espantando a todos. Emmy no dudaba que eso era así, que salían corriendo en cuanto averiguaban a qué se dedicaba, pero tampoco le preocupaba demasiado. Lo que le preocupaba era el poder trabajar en el álgebra abstracta que había inventando, en la conexión con las ecuaciones físicas que a veces parecía estar a punto de definir pero que se le acababa escapando de entre las manos entre simetrías e invariantes.

Para eso no necesitaba un marido, ni un empleo enseñando idiomas a niñas ricas que solo los usarían para pronunciar adecuadamente los nombres de los platos en cenas de gala. Lo que necesitaba era tiempo para poder pensar, para desarrollar sus teorías, compartirlas con gente que las entendiera, como el profesor Hilbert, y que pudiera rebatirlas. Necesitaba vivir rodeada de matemáticas, respirar y comer matemáticas.

Pero una cosa era lo que ella pensaba y otra la necesaria realidad del mundo, asfixiante como los pasillos cada vez más estrechos de la facultad.

Emmy miraba de reojo las ventanas que daban a los jardines, imaginándose cómo sentaría el abrir una. Sería solo un momento, se refrescaría la cara con el aire de la mañana, respiraría varias veces para oxigenar el cerebro y luego seguiría su camino hacia la clase.

Pero no, sabía que eso era una trampa. Primero se concedería ese pequeño alivio, y en seguida seguro que saldría corriendo de la facultad, bajaría saltando la escalinata y se marcharía para no volver a pisarla jamás. La Escuela Femenina y las clases de francés le aguardaban, junto con un marido y un ejército de hijos.

Emmy se cambió el maletín de mano y continuó su camino hacia el aula. Le parecía llevar horas andando. ¿Sería posible que estuviera dando vueltas, volviendo cada vez al punto de partida? Todos los corredores parecían iguales, como también lo parecía la masa homogénea de estudiantes, todos vestidos igual y con la misma expresión asustada en la cara. Por fin, un letrado le indicó que iba en buena dirección.

Entonces chocó con alguien. A punto estuvo de caer al suelo, pero consiguió agarrarse de la chaqueta de su obstáculo, casi arrastrándole también a él en la caída. Se había acostumbrado a que las masas informes de estudiantes se abrieran a su paso, y no había esperado colisionar con

nadie. Alzó la vista pidiendo disculpas, y se encontró con el rostro acartonado por la furia de un hombre mayor. Tenía los ojos muy abiertos y saltones; Emmy descubrió sorprendida que el bigote encanecido que brotaba bajo la nariz afilada temblaba con una frecuencia de extraordinaria regularidad: seguro que eso delataba que se encontraba ante un venerable matemático.

—Así que usted es la amiguita de Hilbert, ya me han informado de todo. Pues ya se está marchando de mi Facultad. Aquí no va usted a dar clase.

El bigote de aquella aparición fantasmal continuaba su movimiento regular. Era fascinante. Emmy no podía quitarle el ojo de encima.

—Para usted, quien quiera que sea, soy la doctora Noether. Y tengo aquí una comunicación oficial que dice que soy profesora de esta universidad. Así que si me permite...

El bigote oscilante se interpuso en su camino.

—No me importa que otras universidades den doctorados a mujeres, pero aquí seguimos siendo una institución decente. Y esa notificación sin mi firma como Decano aceptándola como profesora no vale ni un pimiento. ¿Qué cree, que va a ser tan fácil venir a subvertir el orden académico tradicional?

—Disculpeme, señor decano, pero no he venido a subvertir nada. Solo voy a enseñar Álgebra a estos jóvenes y a dar lustre a su Facultad con mi trabajo.

Un corrillo de jóvenes en distinto grado de subversión se empezó a congregarse a su alrededor. El rostro del decano empezó a enrojecerse, pero el bigote mantuvo su regularidad vibratoria.

—No permitiré que mancille esta institución. Cuando nuestros jóvenes regresen victoriosos de la guerra y se reincorporen a sus clases, se encontrarán todo como lo dejaron. ¿Qué cree que pensarán si al regresar del frente se encuentran que hay mujeres profesoras? ¿Qué pensarán de la patria por la que han ido a morir?

Emmy se quedó mirando el bigote. Jadeaba y se estaba mareando. Así iba a ser su vida en la universidad. Todo serían miradas escandalizadas, reacciones exageradas, agravios. Se veía incluso poniendo en peligro a Alemania al desmoralizar a las huestes de matemáticos que marcharon a disparar a otros muchachos en los campos de Francia. ¿Era ese el precio que tendría que pagar por seguir con su trabajo?

Por otro lado, si salía corriendo ahora mismo podía ir directa a la Escuela Femenina, donde podría contribuir a la causa enseñando francés a jovencitas que podrían entonces irse a vivir con sus victoriosos maridos a las nuevas tierras conquistadas en Francia. Seguro que eso era una contribución mucho más importante para la patria.

Pensó en decirle todo eso al viejo decano. Podía también haber hablado de la invitación personal de Hilbert para trabajar junto a él, haberse ayudado del nombre de su padre, respetado matemático, para doblegar a este esbelto y arrugado emblema de las tradiciones ancestrales. Pero lo que tenía que hacer lo haría por ella misma, no gracias a nadie.

—¿Sabe lo que sí que espantaría hasta a los soldados que regresen de la guerra? Pues ese horrible bigote que se gasta usted, señor decano. Y ahora si me lo permite....

Nadie impidió a Emmy proseguir su camino. Caminaba con paso firme a pesar del temblor de piernas, esperando recibir en cualquier momento un ataque por la espalda que no se produjo. Escuchó silbidos y algún aplauso desde el corrillo de estudiantes, pero no se atrevió a mirar atrás. No sabía si soportaría las miradas de todos y acabaría corriendo hacia los mustios jardines del exterior.

Dobló una esquina y llegó por fin a su aula.

Dedicó unos segundos a respirar en profundidad. Luego entró y contempló el panorama. El aula era grande, de forma semicircular con los asientos en graderío como en un teatro. Los alumnos, un centenar aproximadamente, detuvieron sus charlas privadas y fijaron su atención en Emmy cuando entró. Luego empezó la vorágine.

Gritos, papeles volando por el aire, golpes con los nudillos contra la madera de los escritorios. Emmy no podía hacer nada más que mirar sobrecogida, con una mano sosteniendo el maletín y la otra apoyada en el garganta, cómo muchos estudiantes salían en tromba de la clase, pasando ante ella diciéndole cosas terribles que ella apenas escuchaba entre el jaleo.

Era demasiado. Si no iba a poder tener estudiantes a los que enseñar, ¿para qué seguir fingiendo que esto podía funcionar?

Giró hacia la puerta por la que había entrado dispuesta a salir corriendo de aquel infierno de intolerancia, atraso y sinrazón, corriendo hacia el abismo de la Escuela Femenina y el marido simplón.

Entonces vio que algo pasaba. El flujo de estudiantes hacia la puerta se había detenido. El escándalo de voces y golpes cesó casi por completo. Vio cómo algunos muchachos empezaban a regular.

Cuando el panorama se despejó, vio que en el umbral de la puerta había una chica. Tenía el pelo recogido en un moño y la cara muy roja; sostenía un portafolios de piel contra el pecho, como un escudo. Emmy la vio entrar en la clase, leyendo en la tensión de la cara el esfuerzo que representaba cada paso. Si a ella, una mujer de treinta años, doctora y profesora la habían tratado como a un monstruo de feria, no quería ni pensar por lo que había pasado esa chica hasta llegar a la clase. Aún así, caminaba con la vista al frente, la barbilla alta y el paso firme.

Al despejarse la masa de cabestros, la mirada de la chica descubrió a Emmy, inmóvil sobre la tarima. Dio un respingo y aspiraba aire con fuerza, abriendo mucho los ojos. Luego, tras un segundo de cruce de miradas, la joven estudiante pasó a las gradas, se sentó y abrió su carpeta. Otros estudiantes, tanto de los que no se habían marchado como también muchos de los que habían bajado hacia la tarima y la puerta, se sentaron y sacaron sus útiles.

Emmy hizo lo mismo; sacó sus notas y se dirigió a su clase, consciente de que allí, en ese momento, algo acababa de cambiar.

—Buenos días, mi nombre es Emmy Noether. Empecemos.

(Este relato está libremente inspirado en la vida de Emmy Noether (1882-1935). Alemana y judía, su vida es en general desconocida aunque está considerada la matemática más importante de la historia. El Teorema de Noether es uno de los pilares de la Física moderna).